



cion de Felipe V, promoviendo el emperador Leopoldo una coalición contra los Borbones, á pretexto de impedir el engrandecimiento de Luis XIV y de conservar el equilibrio europeo. El Austria, la Inglaterra, la Holanda, el elector de Brandenburgo (después rey de Prusia), el duque de Saboya y el rey de Portugal, ajustaron un tratado en La Haya, conocido con el nombre de *Grande Alianza*, contra la Francia y la España.

Así las cosas, fué imposible todo acomodamiento, y dió principio la guerra, que se ha llamado de *Sucesión*, porque en ella se peleó por la sucesión á la corona de España. La primera campaña empezó por la Lombardia y demas estados españoles en Italia, extendiéndose después á los Países-Bajos, la Alemania y principalmente á las costas de España. Ninguno mereció exclusivamente en esta campaña los honores de la victoria; porque si bien la escuadra combinada holandesa é inglesa tomó el puerto de Santa María y batió con grandes pérdidas en las aguas de Vigo á la española y francesa, también es cierto que Felipe V ganó en Italia á los imperiales las batallas de Santa Victoria y de Luzara.

No así en la campaña de 1704, en que comenzó á declararse la fortuna contra los Borbones. En la parte de acá desembarcó el archiduque Carlos en Lisboa con nueve mil ingleses; el almirante inglés Rooke se apoderó de la importante plaza de Gibraltar, y en Alemania, reunidos en el Danubio los ejércitos del príncipe Eugenio y de Malborough, dieron en Hocktest una terrible rota al ejército francés, obligándole á evacuar la Alemania. La siguiente fué desastrosa en España porque Cataluña, Valencia y Aragón se sublevaron á favor del archiduque, quedando solamente Castilla por Felipe V. La de 1706 fué la más desgraciada de la guerra para las dos coronas, señaladamente para la española, que perdió á Alicante, las islas Baleares, el Milanesado y los Países-Bajos; estos últimos á consecuencia de la derrota del ejército francés en Ramillers. En la campaña de 1707 se perdió á Nápoles; mas

esta pérdida fué compensada con la célebre batalla de Almansa, ganada por el duque de Berwick contra los imperiales, cuyas consecuencias fueron la reconquista de Valencia, Aragón y Lérida, y haber valido á Felipe V en mucha parte su corona. La del año siguiente volvió á dar el triunfo á los aliados, que se apoderaron de Orange, Cerdeña y Menorca.

La primera es notable por un hecho de armas solamente, por la batalla de Malplaquet, la más reñida y sangrienta de esta guerra, ganada por Eugenio y Malborough contra Villars, el mejor general francés entonces. Este golpe fatal obligó al monarca francés á pedir la paz, que desecharon los aliados, si no se ofrecía él mismo á arrojar de España á su nieto Felipe V en el término de dos meses. Estas condiciones tan duras y tan irritantes indignaron al pueblo francés, que ofreció de nuevo sus intereses y su vida para sostener la dignidad del trono, y desde este momento por un concurso feliz de circunstancias, cambiaron de repente las cosas á favor de Luis XIV y de su nieto.

Atribuyendo Felipe su poca fortuna en la guerra á la incapacidad de sus generales, pidió por todo auxilio á su abuelo que le enviase al duque de Vandoma. Su presencia llenó al rey y á la nación de esperanzas. D. Felipe, unido ya con el duque de Vandoma, se fué en busca del enemigo, á quien encontró en las llanuras de Villaviciosa, no lejos de la córte, empeñándose la acción más notable de esta campaña y una de las más vivas de la guerra, viéndose precisado el general alemán Starenberg á ceder el campo de batalla y á tomar el camino de Aragón. La batalla de Denain, ganada por Villars sobre el príncipe Eugenio, fué también un golpe terrible para la liga, que inspiró al Austria intenciones más pacíficas.

Desesperando los aliados de establecerse en España, y mucho menos de arrancar á D. Felipe una corona que defendía con tanto valor, al que debió el justo renombre de Animoso con que le ha apellidado la Historia, empezaron á disgustarse de la guerra, terminada con la paz de Utrecht.

## CAPITULO I.

### Los papas en la época décimasexta.

El movimiento de Europa en esta época puede concretarse en la idea fundamental de la tendencia á menoscabar las prerogativas de la Iglesia católica, y su acción sobre las sociedades: de aquí que más bien que en los hechos renombrados de Luis XIV y Pedro el Grande, debamos fijarnos en el movimiento religioso de Europa, siguiendo á Meller y Alzog.

La Santa Sede habia recibido un rudo y terrible golpe bajo el pontificado de Inocencio X; los príncipes católicos y protestantes habian celebrado la paz de Westfalia sin consideración alguna á la córte de Roma, secularizando una gran parte de los bienes eclesiásticos, de abadías y obispados, emancipando completamente el poder temporal. Se habia excluido además de los negocios del Estado y del movimiento político toda tendencia, toda dirección eclesiástica. La Santa Sede habia perdido mucho de su ascendiente moral y de su consideración á los ojos del pueblo, siendo de temer que con tales precedentes se acabase por atacar y rebajar sus más esenciales derechos. Inocencio no pudo oponer á esta violación de sus derechos más que una inútil protesta. Alejandro VII, su sucesor (Pablo Chigi, 1655-67), hizo esperar á los romanos un reinado más feliz por la severidad de sus costumbres, por su odio al

lujo y á la magnificencia, por su prudencia y por su conocimiento de los negocios. Desgraciadamente el papa no realizó por completo las esperanzas que se habian concebido de las virtudes y talento del cardenal diplomático: se rodeó de más pompa que lo que se habia creído, llevó sus parientes á Roma y fué en muchas ocasiones difíciles inferior á las circunstancias y á su reputación.

Recibió el inesperado consuelo de ver á la reina Cristina, hija de Gustavo Adolfo, abjurar el protestantismo y volver al gremio de la Iglesia. Recibióla en Roma con magnificencia y le señaló una pensión anual. La Francia, por el contrario, que habia sido ya desfavorable á Alejandro cuando estuvo de nuncio en Munster, fué para él un origen de amarguras y pesares bajo el ministerio de Mazarino (m. 1661), y todavía más durante el reinado de Luis XIV. Parecía que este monarca habia encargado formalmente á su embajador el duque de Créqui, que ultrajase al papa. Los desprecios del embajador y las bravatas de su gente irritaron en tales términos á la guardia corsa, que no respetó ni el mismo palacio de la Embajada francofrancesa (1662). Fué tal la exasperación de Luis XIV, que hizo salir de su reino con escolta al enviado pontificio, ocupar la ciudad pa-





pal de Aviñon y el condado Venecino, y marchar tropas sobre Italia para obtener satisfacción; y el papa se vió obligado á aceptar la humillante convencion de Pisa (1664). Su Santidad reanudó, sin embargo, sus relaciones de amistad con la república de Venecia, á quien concedió los bienes de las órdenes abolidas en su territorio, para sostener los gastos de la guerra contra los turcos, y ésta llamó, á petición suya, á los jesuitas, que hasta entónces habian sido rechazados por ella. Alejandro, por fin, embelleció á Roma con magníficos edificios, como el del colegio de la Sapiencia, al que enriqueció con una soberbia biblioteca. Pero sus suntuosas obras y los insaciabiles deseos de su familia pusieron en diversas ocasiones la Hacienda en grande apuro. Su carácter equívoco le privó de la gloria que sus cualidades y su talento parecian deberle asegurar en la historia.

Clemente IX (Rospigliosi, 1667-69), literato y poeta como su predecesor, pero mejor economista que él, trató de reparar el desórden de la Hacienda, socorrió á la república de Venecia con fuertes sumas en su lucha contra los turcos, y consiguió la reconciliacion de la Francia y de la España por la paz de de Aix-la-Chapelle (1668), haciendo conocer á Luis XIV, que por interés de su gloria y de su salvacion debia poner término á sus conquistas. Reconoció á D. Pedro, rey de Portugal, instituyendo á los obispos nombrados por él. Por fin tuvo la dicha de poner término á la querrela del jansenismo. Tomó un grande interés por las misiones extranjeras, y además de otras muchas disposiciones que dictó sobre este asunto, prohibió entre otras cosas toda clase de comercio á los misioneros.

La Santa Sede quedó vacante por espacio de cinco meses despues de su muerte, y el octogenario Emilio Altieri, elegido en su lugar, tomó el nombre de Clemente X (1670-76). Aquí empieza una era todavía más triste para los papas. A ejemplo del rey de Francia, trataron los príncipes católicos de quitar al soberano pontífice toda influencia y de apoderarse de sus bienes en sus Estados. La discusion suscitada en Francia sobre el derecho de regalia, en vir-

tud del cual, el rey disponia durante las vacantes de las mitras, de los beneficios pertenecientes á la colacion de los obispos, administrando y percibiendo al mismo tiempo las rentas de los obispados, fué la causa de uno de los combates más tristes para la Santa Sede. Este derecho, que antiguamente no se aplicaba sino á las iglesias fundadas por los reyes, se hizo extensivo á todos bajo el reinado de Enrique IV. Luis XIV confirmó este uso por dos edictos de 1673-1674, sin que se opusiera nadie á la violacion de los derechos de un gran número de iglesias, sino los obispos de Pamiers y de Alais. Clemente murió ántes de terminar la discusion.

Su sucesor, Inocencio XI (Odescalchi, 1676-1689), pontífice dotado de raras cualidades y enemigo declarado del nepotismo, publicó útiles decretos para la disciplina del clero, y miró con la mayor solicitud el nombramiento de obispos. Tuvo graves desavenencias con diferentes córtes por haber retirado á las casas de los embajadores en Roma el derecho de asilo para los criminales.

Todos los príncipes pidieron las más terminantes explicaciones sobre la supresion de esta franquicia. Luis XIV fué el único que no siguió este ejemplo: su embajador desconoció en tales términos los derechos del papa, que las personas de su servidumbre se condujeron en Roma como un ejército en país conquistado. Luis XIV hizo ocupar á Aviñon, y apeló del papa á un concilio universal. Al mismo tiempo continuaba con igual empeño que antes la controversia sobre la regalia. Inocencio habia admitido la apelacion de los obispos de Pamiers y de Alais. El rey, por su lado, reunió al clero de Francia, á quien supo ganar y de quien obtuvo la famosa declaracion de 1682, que contenia los cuatro artículos, base de las pretendidas libertades galicanas. Protestó el papa contra esta declaracion cuando el rey de Francia mandó su observancia en todo el reino; pero el golpe se habia dado, y era un golpe muy sensible. El piadoso pontífice, á quien el pueblo honraba como á un santo, no halló consuelo para estas amarguras en el momento de su muerte, sino en la victoria alcanzada por Juan Sobieski so-



bre los turcos delante de Viena (1683), en la rápida propagacion del Evangelio entre los idólatras, y en la diputacion que enviaron á Roma diversos obispos cismáticos de Oriente, para dar un testimonio de su sumision á la Santa Sede.

Inocencio XII (Pignatelli, 1681-1770), elegido despues de Alejandro, siguió las huellas de Inocencio XI: prohibió expresamente por una bula el nepotismo; publicó útiles y severos decretos para la ejecucion de la justicia y el arreglo de las costumbres en los Estados de la Iglesia, y se ocupó sobre todo de los pobres, á quienes llamaba sus sobrinos, y para quienes habia convertido en una especie de hospital el palacio de Letran. Despues de amargas experiencias se vió Luis XIV obligado á permitir á los obispos de Francia que escribiesen al papa, que se hallaba afligido por las conclusiones de la Asamblea de 1682, y que las consideraban como inválidas. El mismo rey habia escrito antes al papa que tenia el placer de poner en conocimiento de Su Santidad que habia dado orden para que las disposiciones á que le habian obligado las circunstancias en su ordenanza de 2 de Marzo de 1682, quedasen sin efecto en lo relativo á la declaracion del clero en Francia. El papa concedió entónces la institucion de los obispos nombrados, que habia dilatado hasta aquella época.

Clemente XI (Albano), despues de largas vacilaciones, subió al trono pontificio á principios del siglo XVIII (1700-1721). Príncipe capaz é independiente, predicador sábio y celoso, el nuevo papa se halló desde el principio de su reinado al frente de graves dificultades. Federico I habia aceptado el título de rey de Prusia (1700). El ducado de Prusia habia pertenecido en otro tiempo á la órden teutónica, que no habia renunciado á él legalmente. Protestó, pues, el papa contra el trono de Federico, cuya protesta, renovada por sus sucesores, se ha encontrado muy extraordinaria y ha sido por muchos mal interpretada. Sin embargo, si se la comparase con la protesta de los ingleses contra la toma de posesion de la Argelia por los franceses, sin que la Inglaterra tuviese ciertamente los derechos que entónces tenia el

papa con respecto á la Prusia, se acabaria por apreciar mejor la conducta de los pontífices de Roma. Clemente XI se vió tambien envuelto á su pesar en las dificultades de la guerra de sucesion de España, que siguieron á la muerte de Carlos II, despues de haber visto hacerse ineficaces sus esfuerzos y su mediacion para impedir la guerra.

Habiendo creído el emperador de Alemania, José I, percibir en el papa prevenciones favorables á la Francia y contrarias al reconocimiento de su hermano como rey de España, descargó sobre el pontífice todo el peso de su descontento. Sus tropas saquearon los Estados de la Iglesia, y sus generales celebraron una alianza con el duque de Parma y de Placencia para imponer fuertes contribuciones al clero. A estas desavenencias se agregó la disputa sobre el derecho de presentacion á las catedrales y fundaciones religiosas. El papa amenazó con la excomunion y se preparó á la guerra; pero al acercarse las tropas imperiales se vió obligado á aceptar la paz, á bajar las armas, á reconocer á Carlos III por rey de España y á prometer investirlo con el reino de Nápoles, «salvo no obstante el derecho de tercero.» Este tratado exasperó en tales términos á Felipe de Anjou, que expulsó de España al nuncio del papa; prohibiendo á sus vasallos toda comunicacion con Roma. Clemente tuvo, por fin, que combatir con el duque de Saboya, Victor Amadeo (Setiembre de 1711), á consecuencia de una excomunion que habia fulminado contra varios magistrados de Saboya, que habian desconocido los derechos de la Iglesia; pero sobre todo á consecuencia de la elevacion del duque Víctor Amadeo, que habiendo subido al trono de Sicilia en virtud de la paz de Utrecht (1713) y sin el consentimiento del papa, queria ejercer derechos eclesiásticos que siempre habian negado los pontífices á los príncipes de Sicilia. Habiendo el papa puesto en entredicho el reino de Sicilia, se vió obligado á mantener en Roma tres mil clérigos sicilianos que se habian refugiado allí. De este modo se iban aumentando de dia en dia los embarazos del gobierno pontificio.

El recuerdo del alto y poderoso influjo ejer-





cido en otro tiempo por la Santa Sede, sostenía al papa en su actitud firme y resuelta; pero no estaba ya apoyado por los príncipes católicos, la mayor parte de los cuales, así como los protestantes, preferían ejercer por sí mismos en sus Estados la autoridad espiritual, no sirviéndose de la religión ni del papa sino para sus miras políticas.

Inocencio XIII (Conti, 1721-1724) terminó durante su reinado demasiado corto las diferencias de la Santa Sede con Nápoles, reconociendo al rey Carlos VI (1722), lo cual no impidió al emperador de transferir á D. Carlos los territorios de Parma y Placencia, que habían estado por espacio de doscientos años en poder de los papas. Inocencio protestó, pero en vano, y su muerte privó á la Iglesia de un pontífice prudente y previsor, que no tuvo que arrepentirse sino de haber admitido en el colegio de cardenales al indigno abate Dubois.

Benedicto XIII (Orsini, 1724-1730), después de haber rehusado con lágrimas la dignidad pontificia, la aceptó sólo en virtud de la obediencia que como religioso dominico había prometido al superior de su Orden, cuyo convento continuó siendo efectivamente su verdadero mundo. Apenas fué elegido, dió varias órdenes contra el lujo de los cardenales, y sobre la modestia del traje del clero, etc. El concilio que reunió en el palacio de Letran (1727) tomó muchas y prudentes medidas contra diversos abusos escandalosos, y declaró al mismo tiempo que la bula *Unigenitus*, dada contra Quesnel, debía ser reconocida por todos como regla de fe. Inocencio recobró á Comachio de las manos del emperador, y arregló con él la querrela relativa á la monarquía siciliana (1727), concediendo á Carlos y á sus sucesores que instituyesen un juez eclesiástico en tercera instancia, y no reservándose él sino los negocios más importantes. Terminó también las diferencias de la Santa Sede con los duques de Cerdeña y de Saboya, concediéndoles el derecho de patronato en todas las iglesias y conventos de sus Estados, pero no las rentas de las mitras vacantes. Pero no pudo mantener la paz con el rey de Portugal, Juan V, que exigía de una manera ruda é inconveniente que el papa con-

cediese el cardenalato al nuncio Bichi, retirado de Lisboa. El colegio de cardenales protestó contra semejante elevación. Irritado Juan con esta negativa, llamó á todos los portugueses que había en Roma; interdió toda relación con la Santa Sede, y prohibió asimismo á los conventos de Portugal que enviasen á Roma sus acostumbradas limosnas.

El oficio de Gregorio VII, á quien especialmente los benedictinos honraban como santo, fué también para el papa motivo de amargos disgustos de parte de algunos gobiernos, porque las elecciones de este oficio hacían mención de la bula de excomunión y deposición de Enrique IV. Benedicto XIII tuvo, por fin, la desgracia de conceder su confianza al cardenal Coscia, cuya aparente piedad había seducido al papa, y que no se sirvió de su influencia sino para aumentar sus riquezas en detrimento y oprobio de la Iglesia.

Clemente XII (Corsini, 1730-1740), que después de brillantes antecedentes subió al trono pontificio de muy avanzada edad, trató de hacer florecer de nuevo las ciencias y las artes. Arregló las diferencias con Portugal, creando cardenal al legado Bichi, pero inmediatamente después tropezó con graves dificultades en la corte de España, «porque parecía que desde principios de este siglo se habían encargado las cortes de Europa de reemplazar el antiguo respeto que se profesaba á los papas con la más inconveniente altanería y la más inicua arbitrariedad,» de tal suerte que algunos príncipes protestantes trataban al papa con más deferencia y consideración que los católicos. La nueva tentativa de Clemente XII para volver á entrar en posesión del ducado de Parma después de la muerte del duque Antonio (1731), fracasó como las anteriores. Creó una escuela teológica en Bisignano, Calabria, para la conversión de los griegos (*seminarium Corsini*), y publicó al mismo tiempo contra las sociedades de francmasones un breve de condenación (1733), que fué confirmado por Benedicto XIV en 1751.

Este sabio y prudente sucesor de Clemente XII (Lambertini, 1740-1758), más favorable á los dominicos que á los jesuitas, procuró primeramente reponer la hacienda agotada por



las dilapidaciones á que Coscia había arrastrado á Benedicto XIII y á la manía de edificar de Clemente XII, protegiendo la agricultura, estableciendo fábricas y disminuyendo el lujo. Trabajó después seriamente en la reforma del clero, por medio de sabios decretos, abolió ciertos días de fiesta en los Estados que se quejaban de ellos (1748), y restableció con su moderación las relaciones de la Santa Sede con diferentes cortes. Concedió á Juan, rey de Portugal, el título de *rey fidelísimo* (1748), y el derecho de proveer todos los obispados y beneficios vacantes en su reino. Creó en Nápoles, de acuerdo con el rey, un tribunal compuesto de un número igual de jueces seculares y eclesiásticos, presidido por un miembro del clero y único árbitro de todos los asuntos pertenecientes á la Iglesia. Además celebró un concordato (1753) con la España, en virtud del cual conservó el derecho de proveer cincuenta y dos beneficios y fundaciones del reino, siendo indemnizado con cierta cantidad de dinero de su renuncia á sus derechos sobre los demas. Lo mismo hizo con el rey de Cerdeña. En cuanto á las diferencias de Austria y de la república de Venecia sobre el patriarcado de Aquilea, decidió que los derechos del patriarcado se dividirían entre los arzobispados de Gorz, en Austria, y el obispado de Udina en los Estados de Venecia (1751). Pero esta decisión desagradó á la república, que mandó (1754) que toda bula, breve, ó citación de la Santa Sede, pasaria por el exámen de la república antes de ser publicada. Esta fué la única diferencia que Benedicto dejó por terminar al tiempo de su muerte. Favoreció de una manera especial la sociedad de los nobles (*societas nobilium*), que se había formado en Hungría para la defensa y propagación de la religión católica. En fin, dejó como monumentos de su profunda erudición y de sus vastos conocimientos, no sólo las numerosas obras que citaremos más adelante, y que han hecho de este papa uno de los escritores más importantes de su época, sino también por las sabias sociedades que instituyó para las antigüedades romanas y para el derecho canónico.

Clemente XIII (Rezzonico, 1758-1769), que

había dejado en el obispado de Padua la reputación de un santo, pasaba al mismo tiempo por un ardiente protector de los jesuitas, lo cual le valió desde el principio numerosos conflictos con diferentes Gabinetes de Europa, pero en especial con los Borbones de Francia, España y Nápoles. Tuvo el dolor de saber, sin poder oponerse á ellas, las persecuciones que hicieron sufrir á los jesuitas, Pombal, ministro de Portugal, y Pereira canonista de la corte, las calumnias que inventaron contra la orden, y el destierro á que la hicieron condenar en 1759.

Pero no pudo guardar el mismo silencio, sino que habló por el contrario con energía y autoridad, como papa y como señor feudal, cuando el duque de Parma publicó un decreto de amortización contra el clero, queriendo además restringir las inmunidades y exenciones eclesiásticas. Los Borbones de París y Nápoles apoyaron la causa del duque, y exigieron la revocación del breve pontificio, apoderándose los primeros de Aviñón y del condado Veneciano, y los segundos de Benevento, cuando vieron que el Papa, lejos de ceder á la tormenta, resistía con firmeza y dignidad, confirmaba de nuevo la orden de los jesuitas, y reclamaba el apoyo de María Teresa, á quien concedió para sí y para sus sucesores, en calidad de reyes de Hungría, el honorífico título de *rey apostólico*. Pero parecía que todas las potencias católicas se habían conjurado para vengarse de las usurpaciones que habían tenido ó supuesto tener que sufrir por parte del papado, y que la Santa Sede, que había resistido en la época anterior los violentos ataques de los príncipes protestantes, debía sucumbir á los golpes de los soberanos católicos. La misma república de Génova osó ultrajar á la corte romana, imponiendo 6.000 escudos á la entrada del visitador pontificio enviado á Córcega. Como todas estas violencias se dirigían contra un papa que protegía una orden proscrita por todo el mundo, se las encontraba enteramente justas y legítimas. Clemente murió sin ver terminadas estas deplorables luchas. La misma María Teresa, de quien el infortunado pontífice había esperado algún consuelo y á quien había suplicado que hiciese respetar á lo ménos su avanzada edad,